

Algunas reflexiones

sobre

la conversión

del mundo

Pierre Teilhard de Chardin, S. J. *

1. Cómo se plantea hoy el problema de la conversión del mundo. El mundo naciente.

El Cristianismo se enfrenta en el momento actual a una "situación" absolutamente nueva. Originalmente se trataba para él de conquistar y de transformar un mundo feneciente. Más tarde le correspondió la tarea relativamente fácil de organizar el Mundo de la civilización europea, nacida de él. En este momento (y, en realidad, desde el Renacimiento), se manifiesta un nuevo "impulso" humano nacido en el seno, pero no bajo el signo de la Iglesia. Después del mundo greco-romano y del mundo medioeval, un tercer mundo, el mundo moderno, aparece desarrollándose al margen del Cristianismo, y con un potencial humano mayor que el de este último. ¿No es en verdad del "espíritu moderno" de don-

de derivan todos los ímpetus y todas las recientes iniciativas de la tierra?

Aquí ya no se trata de herejías ni de cismas ni aún de paganismo. Los paganos en el sentido tradicional de la palabra, eran o son "residuales". Ahora nos enfrentamos con una corriente humana *naciente*.

Situación nueva que exige un nuevo método de ataque y de conversión.

* Se publica en España por primera vez este inédito de Teilhard de Chardin. PROYECCION ha tenido este honor gracias a la amabilidad de la Sra. Dña. Antonia Quiñones de León, Marquesa de San Carlos, poseedora de los derechos de publicación de este texto en lengua española, y a la Revista chilena «Mensaje».

Se trata de una síntesis del pensamiento de Teilhard, esbozada a modo de programa. Fue escrito el 6 de octubre de 1936 en Pekín. Apareció en el Tomo IX de las Obras del P. Teilhard (París, Seuil, 1965).

2. Carácter aparentemente anticristiano del Mundo naciente: El conflicto entre las dos religiones

Para entender a fondo el problema y determinar su solución, conviene analizar más detenidamente el espíritu del Mundo naciente (considerando, desde luego, en su parte viva y progresiva, la única que puede hacer competencia a la Iglesia).

Teóricamente ese Mundo pudo haberse formado y haber crecido siendo creyente. ¿Cuál es la razón de su emancipación? ¿Por qué quiere el niño pegar a su madre y apartarse de ella?

De ese antagonismo entre Cristianismo y Modernismo, veo la razón en los dos descubrimientos esenciales de los cuales nació y sigue impregnado el espíritu moderno.

a) Primero, descubrimiento de la inmensidad ligada del *Espacio*, que enriquece con una nota de Universalismo nuestra acostumbrada visión de las cosas.

b) Luego, descubrimiento de la inmensidad ligada (y progresiva) de la *Duración*, que introduce a su vez en nuestras perspectivas habituales la nota de Progreso posible e ilimitado (Futurismo).

Universalismo y Futurismo se combinan en la percepción de un Universo en crecimiento global (Evolución). De por sí, la aparición de esos dos caracteres constituye un gran acontecimiento psicológico, ya que equivale a la adquisición por nuestra experiencia de dos dimensiones nuevas. Pero, esto no es todo. Ellas definen, por su naturaleza, una *religión*, ya que por definición aparece lo "religioso" desde el momento en que el mundo está encarado en su totalidad y en su futura consumación (fe).

Ahora bien (he aquí el punto capital), a primera vista esa religión naciente no parece armonizarse con el Cristianismo, no por que éste no sea esencialmente también "universalista y futurista", sino más bien porque esos dos términos son comprendidos, por una y otra parte, en sentidos aparentemente distintos. Por nacimiento, el Universalismo y el Futurismo del mundo moderno tienen una tendencia panteísta, immanente, organicista, evolutiva, mientras que los del Cristianismo se expresan sobre todo en términos de personalidad, trascendencia, relaciones jurídicas y fixismo.

De ahí el conflicto actual en su esencia. Alrededor nuestro la lucha verdadera no es entre creyentes y no creyentes, sino entre dos clases de creyentes. Dos ideales, dos concepciones de lo Divino se enfrentan. Los mejores (y, por consiguiente, los más peligrosos) de los anticristianos no se apartan del Cristianismo por ser demasiado difícil sino porque no les parece lo bastante hermoso. Si no admiten a Cristo, es por no reconocer en El los rasgos de lo que adoran y esperan. Se está formando una religión de la Tierra, en contra de la Religión del Cielo. Esta es la situación de fondo en su gravedad pero también en sus esperanzas.

3. Método general para resolver el conflicto: no condenación, sino Bautismo

Ante este conflicto entre la Fe Cristiana y la Fe Moderna ¿qué debemos hacer para salvar al mundo?

a) Una primera solución consistiría en rechazar, condenar y, si fuera posible, suprimir la nueva religión como proliferación diabólica. De hecho, este método ha sido probado pero con resultados que no podían ser sino positivamente malos. No sólo es imposible detener el movimiento moderno (ya que está unido al desarrollo

mismo de la conciencia humana), sino que este gesto tendría en sí mismo algo de injusto y anticristiano: por condenables que sean muchas de las formas tomadas por "la fe en el mundo", proceden de un innegable esfuerzo de fidelidad a la vida (es decir, a la acción creadora de Dios), que se debe respetar. De hecho, el movimiento que es nada menos que una transformación operándose en el *anima naturaliter religiosa* del género entero, penetró ya, como era inevitable, al Cristianismo mismo. El cambio inherente a la masa humana, a la cual pertenecen, ya no permite a los cristianos adorar exactamente en la misma forma en que antes lo hacían (antes de la aparición del Espacio y del Tiempo). De ahí esa insatisfacción secreta de tantos fieles dentro de un Cristianismo que les pide mirar con recelo concepciones y esperanzas que no pueden dejar de hacer suyas. De ahí también sus inquietudes dentro de una fe que se cree amenazada por todas las renovaciones y engrandecimientos de las perspectivas que el hombre adquiere del Universo. Muchos cristianos empiezan a sentir que la imagen que se les presenta de Dios ya no es digna del Universo que conocemos.

b) De allí que se presente el espíritu otra solución más satisfactoria y más eficaz que la "condenación". Sería la siguiente: descubrir y mostrar que la moderna "Religión de la Tierra" no es, en su esencia, otra cosa que un impulso inconsciente hacia el cielo, de manera que las energías que parecen tan amenazadoras para la Iglesia, son al contrario un aporte nuevo que puede reanimar el viejo fondo cristiano. No condenar, sino bautizar y asimilar. Claro que el Mundo naciente (el único que vale) quedaría virtualmente convertido de golpe, si se reco-

nociése que la divinidad nueva que adora, es precisamente el Dios Cristiano mejor comprendido. ¿Será posible esa conjunción de los dos astros divinos? Lo creo y he aquí las etapas a través de las cuales concibo se pueda efectuar.

4. Una síntesis de lo nuevo y lo antiguo: el Cristo Universal

Si queremos alcanzar y volver a encontrar en sus raíces profundas la corriente religiosa moderna, me parece necesario dar tres pasos ligados entre sí:

a) el primero consistiría en desarrollar (en la línea de la "filosofía perenne": primado del Ser, Acto y Potencia) una Física y una *Metafísica* correctas de la *Evolución*. Estoy convencido de que una interpretación leal de las nuevas adquisiciones de la Ciencia y del Pensamiento conduce legítimamente, no a un evolucionismo materialista, sino a un evolucionismo espiritualista. El mundo que conocemos, no se desarrolla al azar sino que está estructuralmente dominado por un Centro Personal de convergencia universal.

b) El segundo paso (dogmático esta vez) consistiría entonces en explicitar una *Cristología proporcionada con las dimensiones* actualmente reconocidas del *Universo*, es decir reconocer que Cristo, además de sus atributos estrictamente humanos y divinos (a los cuales los teólogos dieron hasta ahora atención preferente), posee en virtud del mecanismo de la Encarnación atributos "universales" o "cósmicos" que precisamente hacen de El el centro personal que "vislumbran" y "llaman" la Física y la Metafísica de la Evolución. Estas perspectivas están en sorprendente armonía con los textos más fundamentales de San Juan y de San Pablo y con la teología de los Padres griegos.

(1) *N. del Trad.*: «alma naturalmente religiosa».

c) Un tercer paso, místico y moral, se efectuaría entonces automáticamente y consistiría en desarrollar un *Evangelismo de conquista* humana. En efecto, es imposible que Cristo se manifieste más explícitamente como la cumbre de la evolución universal, sin que los Cristianos descubran más claramente el *valor sobrenatural* del Esfuerzo humano in Cristo Iesus. Durante algún tiempo, podía parecer que el camino más directo al cielo era el que más pronto se apartaba de la tierra. He aquí que el Cristo Universal nos hace comprender que el cielo sólo es alcanzable a través de la "compleción"² de la tierra y del mundo (que se han vuelto mucho mayores e inacabados de lo que pensábamos); y a su vez, las actitudes cristianas fundamentales, sin desviarse, se enriquecen y se "dinamizan".

La cruz ya no es sólo símbolo de expiación, sino también signo del crecimiento a través del dolor. El desprendimiento no consiste precisamente en despreñar y desechar sino en atravesar y sublimar³.

La resignación es sólo la última fase de la lucha contra el mal, la transformación en Dios de las inevitables derrotas.

La caridad ya no nos pide sólo curar las llagas: nos incita a construir desde ahora un mundo mejor y a ser los primeros en lanzarnos a cualquier ataque librado por el engrandecimiento de la Humanidad. "Plus et ego..."⁴.

La misma salvación personal es interesante, no precisamente porque nos debe beatificar, sino porque nos hace salvar al Mundo en nosotros mismos.

(2) *Nota de Trad.*: en francés «complétion», palabra creada por el P. Teilhard.

(3) En otras palabras, privación deja de ser sinónimo de perfección.

(4) *Nota del Trad.*: «Yo, más aún», 2 Cor. 11, 23.

Así, en el triple campo del Pensamiento filosófico, del Dogma y de la Moral se desarrollaría un Cristianismo rejuvenecido por la manifestación del Cristo Universal. Ahora bien, está claro que:

1) Semejante religión responde exactamente a lo que el mundo moderno espera que sea su Dios, y considera como su forma específica de adoración: un Dios que justifica, que corona y que recibe como supremo homenaje el trabajo incesante ("adhuc parturit")⁵ de la consumación humana aún terrestre.

2) Sin embargo, esa misma religión en nada representa un compromiso entre el Cristianismo y el mundo moderno. Universalizándose, Cristo no se pierde en medio del Universo (como ocurría en las formas condenadas del modernismo), sino que domina y asimila a éste imponiéndole los otros tres caracteres esenciales de su verdad tradicional: naturaleza *personal* de lo Divino, manifestación de esta Personalidad suprema en el Cristo de la *historia*, naturaleza *supra-terrestre* del Mundo consumado en Dios.

Cristo "universalizado" capta, corrigiéndolas y completándolas, las energías innegablemente disimuladas en los panteísmos modernos. Crece, permaneciendo lo que era, o mejor dicho, a fin de permanecer lo que era.

En efecto, cuanto más se reflexiona más se descubre que universalizar a Cristo es la única manera de conservar le sus atributos esenciales (Alpha y Omega) dentro de una Creación prodigiosamente agrandada. El Cristianismo, para seguir encabezando a la Humanidad, debe explicitarse en una especie de "pancristismo", el cual no es sino la noción (llevada hasta sus últimas con-

(5) *Nota de Trad.*: «hasta ahora siente dolores de parto», Rom. 8, 22.

secuencias) de Cuerpo Místico y la extensión al Universo de los atributos ya reconocidos (sobre todo socialmente) de Cristo Rey.

5. Una nueva era posible para el Cristianismo: liberación interna y expansión

Por la explicación de los esplendores de Cristo Universal, el Cristianismo, sin dejar de ser para la Tierra agua que purifica y aceite que suaviza, adquiere una virtud nueva. Por el hecho mismo de presentar a las aspiraciones de la tierra una meta a la vez *inmensa, concreta, y segura*, salva ésta del desorden, de las incertidumbres y de la repugnancia, que son los peligros más terribles de mañana. Se vuelve llama del Esfuerzo humano. En otras palabras, se descubre como la forma de Fe más apropiada a las necesidades modernas: una religión para el Progreso —la religión misma del progreso de la Tierra— me atrevería a decir: la religión misma de la Evolución.

Estoy convencido de que una Epifanía de esa naturaleza sería para el Cristianismo la señal de un vasto movimiento de liberación interior y de expansión.

a) ¿Liberación interior? Más arriba lo decíamos: numerosos son los cristianos que se sienten sofocados y humillados dentro de una Fe que a menudo parece considerar como tarea suya el derramar duda y hielo sobre los entusiasmos manifestados dentro de la Iglesia, cuando en nombre de esa misma fe (convertida en aguijón en vez de mero freno) se sentían lanzados, para la dominación universal de Cristo, a la conquista total del mundo.

b) Y también, ¿qué revelación de la fuerza cristiana al exterior de la Iglesia!

No cabe duda de que el Cristianismo ya no progresa con la rapidez deseable. Pese a que jamás haya sido tan

poderosamente organizado el esfuerzo para la propagación de la fe, cabe preguntarse si, en conjunto, por su élite y sus fuerzas vivas, el mundo en este momento se aleja de Cristo en vez de acercarse a El. A mi parecer, esta situación tiene una causa bien definida: “En la forma en que predicamos, el Cristianismo ya no es bastante contagioso”. Ya no se nos entiende. ¡Cuántas veces me han dicho no creyentes con total sinceridad: “Si me hiciese cristiano, tendrí la impresión de disminuirme” o “¡Necesitamos tanto otra revelación!” Cristo, ofreciéndose no sólo como salvación del alma “sobrenatural” sino de toda la construcción física que condiciona las almas; Cristo presentándose no perdido en las nubes sino chorreando las energías del Mundo, en el cual se ha inmergido (“Cristus amictus mundo”);⁶ Cristo ya no condenador sino salvador del mundo moderno y de sus esperanzas del porvenir. Un Cristo tal atraería inmediatamente a Sí toda la parte viva de la Humanidad. Su amor se propagaría de la única manera que conviene a la verdadera religión: como un fuego.

Para convertir al mundo nos hace falta a nosotros los Cristianos el multiplicar a nuestros misioneros. Mas debemos ante todo volver a pensar, y *con toda nuestra humanidad*, nuestra Religión.

6. Un paso decisivo que debemos dar: el optimismo Cristiano

Acabo de decir: “con toda nuestra humanidad”. Lo dije con intención, a fin de señalar lo que actualmente me parece esencial para volver hacia el Cristianismo las fuerzas indecisas que nacen alrededor nuestro: *¡Que el Cristianismo acepte al fin, sin reticencias, las nuevas dimensiones (espaciales,*

(6) Nota del Trad.: «Cristo revestido del mundo».

temporales, psicológicas) del Mundo a nuestro alrededor!

No ignoro, desde luego, los numerosos gestos de la Iglesia en estos últimos tiempos para reconciliarnos con el Mundo moderno. Pero, reconciliación no es aceptación. Detrás de las concesiones particulares hechas por el Cristianismo temen (aquí hablo sobre todo de los Gentiles) sentir siempre la misma oposición o, al menos, la misma desconfianza fundamental: Como si la Iglesia no quisiera entregarse, comprometerse; como si detrás de las palabras alentadoras en materia de poca importancia, se disimulara siempre la misma reticencia: "En realidad, no hay nada, nunca habrá nada nuevo bajo el sol. Nada puede cambiar la faz de la Tierra. Además ¿No se encuentra ésta entorpecida y deformada por la Caída original?" Siempre se habla de "Mundus Senescens", de "Mundus Frigescens", jamás de "Mundus Nascens"...⁷. En resumen, mientras acepta de palabra ciertos resultados y ciertas perspectivas del Progreso, la Iglesia parece "no creer en él". A veces da su bendición, pero su corazón está ausente.

Ahora bien, las consecuencias de este escepticismo (o, aún, de este pesimismo) humano son capaces de paralizar enteramente el movimiento de conversión del Mundo.

(7) *Nota del Trad.:* «Mundo envejecido»... «Mundo enfriándose»... «Mundo Naciendo».

Por un lado los no creyentes del exterior siguen considerándonos insinceros, nos evitan o nos odian, porque no sufrimos, ni trabajamos, ni esperamos con ellos.

Por otro lado los fieles del interior siguen sintiéndose molestos, cogidos entre su fe y sus evidencias o aspiraciones naturales, y por eso, se encuentran debilitados para poder asimilar las fuerzas humanas que los rodean.

Sólo se convierte a lo que se ama: si el Cristiano no simpatiza plenamente con el mundo naciente, si no *siente* en sí mismo las aspiraciones y las ansiedades del mundo moderno, si no deja crecer en su ser el sentido humano, jamás realizará la síntesis liberadora entre la Tierra y el Cielo, de la cual puede nacer la parusia del Cristo Universal. Sólo seguirá asustándose y condenando casi sin distinción toda novedad, sin discernir de entre las manchas y los males, los esfuerzos sagrados de un nacimiento.

Sumergirse, para emerger y levantar. Participar para sublimar. Es la ley misma de la Encarnación. Un día, hace ya mil años, los Papas, despidiéndose del mundo romano, decidieron a "pasarse a los bárbaros". ¿No se espera hoy un gesto parecido y aún más profundo?

Pienso que el mundo no se convertirá a las esperanzas celestiales del Cristianismo, si el Cristianismo previamente *no se convierte* (para divinizarlas) a las esperanzas de la Tierra.